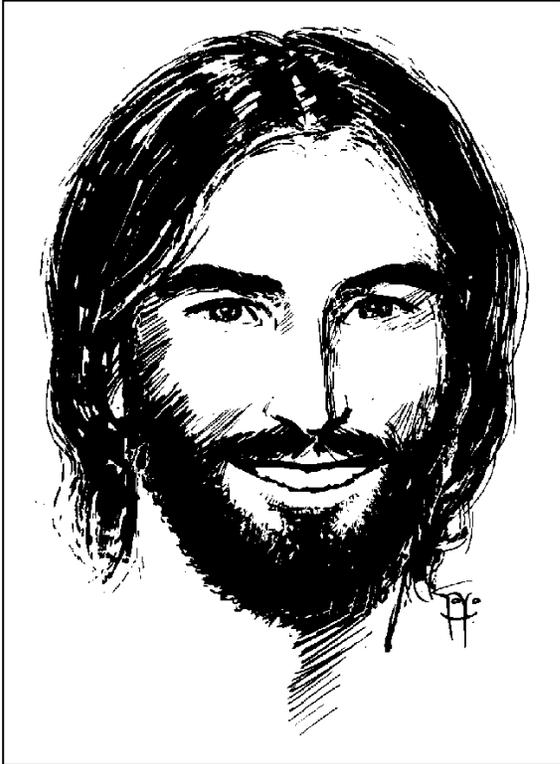


Hacia las fuentes de la alegría Carta 2004



Tantos jóvenes, a través de la tierra, llevan en ellos una sed de paz, de comunión, de alegría. Están atentos también a la pena insondable de los inocentes. No ignoran, en particular, el crecimiento de la pobreza en el mundo.

No sólo los responsables de los pueblos construyen el futuro. El más humilde entre los humildes puede contribuir a construir un porvenir de paz y de confianza.

Por desprovistos que estemos, Dios nos ofrece poner reconciliación allí donde hay oposiciones, y la esperanza donde hay inquietud. Nos llama a hacer accesible, por nuestra vida, su compasión por el ser humano. Si los jóvenes se convierten, por su propia vida, en focos de paz, habrá una luz allí donde se encuentren.

Un día, pregunté a un joven eso que, a sus ojos, era lo más esencial para sostener su vida. Me respondió: «La alegría y la bondad del corazón.»

La inquietud, el miedo a sufrir, pueden quitar la alegría.

Cuando asciende en nosotros una alegría que brota del Evangelio, ésta nos aporta un soplo de vida. Esta alegría, no la creamos nosotros, es un don de Dios. Es reanimada sin cesar por la mirada de confianza que Dios dirige sobre nuestras vidas.

Lejos de ser ingenua, la bondad del corazón supone una vigilancia. Ella puede conducir a correr riesgos. No deja lugar al desprecio del otro. Ella nos hace estar atentos a los más desprovistos, a los que sufren, a la pena de los niños. Sabe expresar por el semblante, por el tono con que habla, que todo ser humano tiene necesidad de ser amado.

Sí, Dios nos concede caminar con un destello de bondad en el fondo del alma, que no pide sino convertirse en llama.

¿Pero cómo ir a las fuentes de la bondad, de la alegría, e incluso a las de la confianza?

Al abandonarnos en Dios, encontramos el camino.

Por lejos que nos remontemos en la historia, multitud de creyentes han sabido que, en la oración, Dios aportaba una luz, una vida desde dentro. Ya antes de Cristo, un creyente oraba: «Mi alma te ha deseado durante la noche, Señor; en lo más profundo de mí, mi espíritu te busca.»

El deseo de una comunión con Dios es depositado en el corazón humano desde toda la eternidad. El misterio de esta comunión alcanza lo más íntimo, las profundidades del ser. Así podemos decir a Cristo: «¿A quién iremos si no a tí? Tú tienes palabras que devuelven la vida a nuestra alma.»

Permanecer delante de Dios en una espera contemplativa no sobrepasa nuestra medida humana. En una oración así, un velo se levanta sobre lo inexpresable de la fe, y lo increíble lleva a la adoración. Dios está presente también cuando el fervor se disipa y cuando se desvanecen las resonancias sensibles. Nunca somos privados de su compasión. No es Dios quien se mantiene alejado de nosotros, somos nosotros los que a veces estamos ausentes.

Una mirada contemplativa percibe signos de evangelio en los acontecimientos más simples. Discierne la presencia de Cristo incluso en el más abandonado de los humanos. Descubre en el universo la radiante belleza de la creación.

Muchos se hacen la pregunta: ¿qué es lo que Dios espera de mí? Y he aquí que, leyendo el Evangelio, llegamos a comprenderlo: Dios nos pide ser en toda situación como un reflejo de su presencia; nos invita a hacer bella la vida para aquellos que nos confía.

Quien busca responder a una llamada de Dios para toda la existencia, puede decir esta oración:

Espíritu Santo, si nadie ha sido forjado con evidencia para realizar un sí para siempre, tú vienes a encender en mí una hoguera de luz. Tú iluminas las vacilaciones y las dudas, en los momentos en los que el sí y el no se enfrentan.

Espíritu Santo, tú me haces capaz de consentir mis propios límites. Si hay en mí una parte de fragilidad, que tu presencia venga a transfigurarla.

Y he aquí que somos llevados a la audacia de un sí que nos va a conducir muy lejos. Este sí es confianza límpida. Este sí es amor de todo amor.

Cristo es comunión. No ha venido a la tierra para crear una religión más, sino para ofrecer a todos una comunión en él. Sus discípulos son llamados a ser humildes fermentos de confianza y de paz en la humanidad. En esta comunión única que es la Iglesia, Dios ofrece todo para ir a las fuentes: el Evangelio, la Eucaristía, la paz del perdón... Y la santidad de Cristo ya no es inalcanzable, está ahí, muy cerca.

Cuatro siglos después de Cristo, un cristiano africano, de nombre Agustín, escribía: «Ama y dilo con tu vida».

Cuando la comunión entre los cristianos es vida, no teoría, irradia la esperanza. Más aún: puede sostener la búsqueda indispensable de una paz mundial.

Entonces, ¿cómo pueden aún los cristianos permanecer separados?

A lo largo de los años, la vocación ecuménica ha provocado intercambios incomparables. Son las primicias de una comunión viva entre los cristianos. La comunión es la piedra de toque. Nace en primer lugar del corazón del propio corazón de todo cristiano, en el silencio y en el amor.

En la larga historia de los cristianos, multitudes se descubrieron un día separados, a veces incluso sin conocer el porqué. Hoy es esencial hacer todo lo posible para que el mayor número posible de cristianos, a menudo inocentes de las separaciones, se descubran en comunión.

Son innumerables los que tienen un deseo de reconciliación que toca el fondo del alma. Aspiran a este gozo infinito: un mismo amor, un solo corazón, una sola y misma comunión.

Espíritu Santo, ven a depositar en nuestros corazones el deseo de avanzar hacia una comunión, eres tú quien nos conduces hasta allí.

La tarde de Pascua, Jesús acompañaba a dos de sus discípulos que iban a la aldea de Emaús. En ese momento no se daban cuenta de que él caminaba a su lado. Nosotros también conocemos períodos en los que no alcanzamos a tener conciencia de que Cristo, por el Espíritu Santo, se mantiene muy cerca de nosotros.

Incesantemente él nos acompaña. Ilumina nuestras almas con una luz inesperada. Y descubrimos que, aunque pueda permanecer en nosotros alguna oscuridad, hay sobre todo, en cada uno, el misterio de su presencia.

¡Intentemos retener una certeza! ¿Cuál? Cristo dice a cada uno: «Te amo con un amor que no se acabará jamás. Nunca te dejaré. Por el Espíritu Santo, estaré siempre contigo.»

Traducida a 57 lenguas (24 de ellas asiáticas), esta carta, escrita por el hermano Roger, de Taizé, ha sido publicada con ocasión del encuentro europeo de jóvenes de Hamburgo. Será retomada y meditada durante el año 2004 en los encuentros de jóvenes que tendrán lugar tanto en Taizé, semana tras semana, como en otros lugares a través del mundo.